



La Dirección de San Pedro: un camino espiritual (II)

«La Dirección de San Pedro nos lleva a madurar la fe, acogerla, interiorizarla, para que se haga vida en nuestra existencia cotidiana. Sin un fundamento, sin cimientos hondos y bien anclados, no se puede elevar una construcción. Mientras más sólidos sean estos fundamentos, en cambio, más alto puede ser levantado el edificio de nuestra vida cristiana. La fe es, en cierto modo, la “raíz de la santidad. (...) Cuando las raíces son profundas, dan firmeza al árbol que sustentan; también el alma, que está confirmada en la fe, puede hacer frente a las tempestades del espíritu. No hay cosa de mayor importancia para llegar a una vida elevada perfección, que poseer una fe muy arraigada”».

- ¿Doy gracias a Dios por el don de la fe? Consciente de que es un don, ¿le pido a Dios todos los días que aumente mi pobre fe?

- ¿Soy consciente de que si quiero ser santo, santa, debo cuidar la raíz, el fundamento sobre el cual se eleva el edificio de la perfección cristiana? ¿Me preocupo por madurar mi fe, interiorizarla, con el estudio y oración, así como por la práctica de las virtudes?



- Consciente de que la fe es un don no sólo para mí, sino para todos, y de que la fe se transmite por la predicación, ¿procuro dar razón de mi fe a otros? ¿Procuro que mi fe se haga vida en mis opciones y acciones cotidianas, para ser testimonio para otros?

«El camino estrecho que debe atravesar el que recorre los senderos de la santidad no es usualmente una ruta corta para triunfar súbitamente, sino un largo combate que debe ser sostenido con un esfuerzo grande y con perseverancia. La gracia de Dios opera en nosotros de modo maravilloso, pero siempre existe el peligro de que la persona no colabore con los dones que gratuitamente el Señor le concede y que pierda el aliento o la valentía, caiga en la tibieza y la mediocridad, sucumba a la tentación del desaliento ante las adversidades que no faltan en la vida o dé lugar al derrotismo. Que ello no ocurra es esencial. La esperanzadora tenacidad o perseverancia nutrida de esperanza es, por tanto, algo que el cristiano jamás debe perder, y que, por el contrario, debe procurar cultivar en sí. Ante las propias fragilidades y dificultades, en presencia de Dios, urge comprender la importancia de esperar en Él».

- ¿Acudo al Señor cuando experimento la tentación de abandonar la lucha? ¿Busco en Él fuerzas, consuelo, descanso, o dejo de rezar? ¿Me dejo vencer fácilmente por las dificultades en la vida cristiana, por el desaliento ante las adversidades?

- ¿Espero en el Señor, aunque todo el horizonte se me pinte de negro, aunque sufra pruebas que parecen no acabar? ¿Rezo todos los días para pedirle a Dios el don de la fiel perseverancia?

- María es la mujer fuerte en la fe, Madre de la Esperanza. ¿Miro a María al pie de la Cruz, para aprender de Ella a confiar en Dios y saber esperar pacientemente en el triunfo de Dios en mi vida, marcada acaso por el sufrimiento?
